

«El Fuerista Navarro» Periódico pamplonés en el bloqueo carlista de 1874

GABRIEL IMBULUZQUETA ALCASENA

La Historia de la Prensa navarra del siglo XIX no puede dejar pasar por alto la existencia de *El Fuerista Navarro*, publicación para mí desconocida hasta hace unos meses, aun cuando llevo una decena de años estudiando el tema.

Poco puede decirse de esta publicación, pese a la importancia que le rodea. Nació en Pamplona, el día 2 de Septiembre de 1874, recién comenzado el bloqueo de la ciudad por las tropas carlistas. Por su forma exterior, más puede parecer un pasquín conteniendo un bando o propaganda política. Con unas dimensiones de mancha de 36 centímetros de alto por 23,5 centímetros de ancho, a tres columnas de 7,2 centímetros separadas por corondel; fue editado en la imprenta de la Viuda de Tiburcio Iriarte, sita en Pamplona.

El primer número de *El Fuerista Navarro* reproduce un largo texto, sin título, que ocupa toda la primera y única página de la publicación. A la falta del título, hay que añadir la ausencia, más importante todavía, de la firma del autor del escrito. No se sabe, por tanto, quién escribió ni quién impulsó el periódico; ni siquiera tengo constancia, de que hubiera llegado a ser editado el segundo número, aunque no hay que olvidar que en la cabecera del único ejemplar conseguido se hace constar que se trata del número uno, lo que no sería lógico si no hubiera habido, cuando menos, la intención de darle una continuidad. Lo que pertenece al terreno de la incógnita y de la hipótesis es aventurar cuál pudo ser la periodicidad real o pretendida de *El Fuerista Navarro*, dado que –y no queda más remedio que insistir en ello– todas las noticias que tengo de este periódico me han llegado directamente de este primer y único ejemplar del que tengo conocimiento, y que se encuentra en la biblioteca de una conocida familia pamplonesa.

Como cabe suponer, el periódico, aun apoyándose en el Fuero como lo hacían los carlistas, es políticamente liberal y todo él tiene como objeto criticar el carlismo y a la situación bélica por éste promovida, que atenazaba a la ciudad. Este primer número, programático, no reproduce ninguna noticia relativa a la guerra o al estado en que se encontraba la ciudad. Caso muy diferente de lo que podemos encontrar en las dos páginas del número 145, correspondiente al 1 de Julio de 1874 de *El Diario de Navarra* (que no debe ser confundido con el actual *Diario de Navarra*, nacido en 1903), de contenido monográfico sobre la contienda, con la excepción de la cotización de la Bolsa y casi media página de publicidad; o en las dos páginas del número 139, correspondiente al 3 de Julio de 1874, de *La Hoja Volante*, también de Pamplona, dedicadas íntegramente a la guerra o, finalmente, las cuatro páginas de *El Éco de Pamplona* (nacido el 3 de Noviembre de 1875 y que posteriormente cambió su nombre por el de *El Eco de Navarra*) hasta el final de la guerra, donde se recogen

numerosas y detalladas informaciones sobre la evolución de la campaña militar, así como numerosos artículos de fondo sobre la misma y sobre la situación político-bélica del momento.

Entrando en un terreno de suposiciones –sin base documentada que las sustenten– podría pensarse que el redactor de *El Fuerista Navarro* hubiese sido Juan Miguel González, que venía figurando, hasta finales de agosto del mismo año, como redactor y propietario de *El Diario de Navarra*, periódico que se editaba en la imprenta de la Viuda de Tiburcio Iriarte (la misma imprenta donde se editaba *El Fuerista Navarro*), del que no tengo constancia de si llegó a salir a la calle durante el bloqueo, posibilidad que considero muy remota debido, precisamente, a la escasez de materiales que provocó la situación de guerra y a que, habiendo otras imprentas con capacidad de editar publicaciones periódicas en la ciudad, parece extraño que se recargase el trabajo de una, con la edición de un diario y de otro título de periodicidad indefinida.

Fuera quien fuese el redactor editorialista de *El Fuerista Navarro*, se mostraba pesimista al comienzo de su artículo al resaltar

«el aspecto imponente tomado por la guerra civil en esta provincia de Navarra, y que parece vá á continuar por mucho tiempo, por ser imposible á la faccion, proyectar expediciones formales á otras provincias, sin ser batida y aniquilada por el ejército nacional».

Más adelante, vuelve a asomar al texto esta inquietud al referir que las personas, las familias y todos sus intereses

«muy pronto desaparecerán, si continúa la guerra civil con las inmensas fuerzas localizadas en Navarra hace bastante tiempo».

Del bloqueo de la ciudad como tal, nada dice *El Fuerista Navarro*; no obstante, *El Eco de Pamplona* (no hay que olvidar que la prensa realiza una crónica de historia, aunque hay que expurgar sus contenidos en muchas ocasiones) aporta algunas noticias. Así, el 6 de Noviembre de 1875, recuerda que

«cercada completamente esta capital por las huestes de don Cárlos, establecieron há un año un bloqueo que, si bien no obedecía á ningun plan estratégico preconcebido, fué en cambio fecundo en víctimas inocentes arrebatadas por las epidemias».

El mismo día, por otra parte, informaba que

«hoy hace un año que merced á los esfuerzos de un hombre que á su mucha aplicacion y no comun inteligencia reúne una gran modestia, se verificó la conduccion y subida de las aguas del rio Arga á esta ciudad. No es la gratitud el sentimiento que más resplandece en los pueblos, pues con frecuencia dan al olvido los beneficios que recibieran; pero Pamplona, que no olvidará fácilmente el periodo angustioso que atravesava (*sic*) cuando por uno de esos inalicables actos de los carlistas se vió privada de uno de los elementos más necesarios para la vida, recordará siempre con entusiasmo y gratitud el inmenso beneficio que el señor Pinaquy le dispensara al realizar con un éxito completo el proyecto de elevacion de las aguas del rio Arga».

En el número del 10 de Noviembre del mismo año informó que había salido para Madrid el General Don Manuel Andía, siendo despedido por numerosas personas que no olvidaban a quien

«pasó en las murallas las cien noches del bloqueo, evitando con su vigilancia terribles eventualidades, é inspirando conifanza al vecindario honrado, que descansaba tranquilo sabiendo que el General velaba».

El día 17 de Noviembre, hablaba de las murallas:

«Gracias á este cinturón de granito impenetrable, nuestros hogares no han sido profanados como los de Cuenca (...), aun cuando por espacio de seis meses se vieron separados de

su pátria como una isla en el mar del carlismo prepotente. Gracias á esos muros inaccesibles, á esos baluartes de Gonzaga, de Reading (*el Redín en pseudografía inglesa*) y de Labrit...».

Por otra parte, las consecuencias del bloqueo se alargaron más de lo debido si ha de hacerse caso a una noticia, y su comentario, que se publicó el día 18 de Diciembre de 1875. *El Eco de Pamplona* informaba a sus lectores que

«el hambre, el frío, la miseria fué, hace unos días, la causa de que se encontrára muerto en su pobre buhardilla, un infeliz».

«Antes se repartían entre el Asilo y la casa de Misericordia, aproximadamente trescientas raciones, y nadie, dentro de la capital, podía morir de necesidad porque el Ayuntamiento, secundado por el vecindario, socorria con benéfica mano á los que por su edad ó por falta de trabajo, se veían en el sensible caso de implorar su proteccion».

«En tiempo del bloqueo se suprimieron las raciones y se sacaron fuera de la ciudad á los pobres (...), y desde aquella fecha, no se ha protegido en el Asilo á los necesitados pero, en cambio, tan poco (*sic*) ha desaparecido el cartel que colocado en las puertas de la ciudad dice: ESTA PROHIBIDA LA MENDICIDAD».

El redactor de *El Fuerista Navarro*, movido por un falso pudor o por una carencia de pruebas que le permitieran aportar nombres y apellidos (aunque esto no se termine de entender, salvo por miedo a represalias dentro de la ciudad), no acaba de señalar a quienes califica de culpables de la guerra. Se refugia en una fórmula ambigua. Escribe:

«No es solo la plebe inconsciente de las comarcas rurales, la verdadera culpable de la sublevacion carlista, lo son tambien, en mayor escala como es público, algunas personas de la clase nobiliaria, la gran mayoría del clero, los caciques de los pueblos, y los que aspiran desde paisanos á una carrera poco costosa, al par que lucrativa en la milicia: estas gentes aprovechándose del entusiasmo general que han sabido inspirar al pueblo en diversos conceptos á fuerza de tiempo, con asiduidad y trabajos extraordinarios, son los que más han contribuido á enarbolar la bandera revolucionaria, proclamando el principio absolutista, no solo desprestigiado, sino aborrecido por la actual civilizacion en la mayoría de las naciones del mundo conocido. Y los que así desgarran las entrañas de la madre patria, procurando hundirla en un abismo sin fondo, ¿podrán apellidarse españoles, verdaderos navarros, y amantes de la paz y prosperidad pública? Nada de eso, otro dictado ménos honroso les conviene, que debe estar al alcance de cualquiera persona medianamente ilustrada».

El Eco de Pamplona se mostraba asimismo remiso a la hora de identificar con la pluma los responsables de la revuelta, a los que califica de «*fanáticos del absolutismo*». No obstante, no deja de poner en entredicho al clero o, al menos, a una parte de él. Así, el 6 de Noviembre de 1875, afirma que

«el funesto grito de rebelion fué lanzado en Ibiricu y Beriaín por aquéllos que, léjos de encender la tea de la discordia, debían predicar la paz y el amor al prógimo».

Volvía a decirlo en términos similares el 27 de Noviembre, cuando afirmaba que al pretendiente carlista le seguían

«en su marcha de esterminio aquellos que debían predicar la paz».

La acusación contra el clero es todavía más patente en el número del 1 de Diciembre, ya que hasta la Redacción de *El Eco de Pamplona* llegó una carta que había sido encontrada en una trinchera carlista de las afueras de Pamplona cuando fue desalojada por las tropas nacionales. Se trata de una misiva dirigida a un carlista llamado Tomás que estaba

«firmada por un sacerdote muy conocido y respetado en esta Capital».

Añade el comentarista:

«la persona que escribe esta carta es ilustrada y ha merecido hasta ahora las consideraciones del público, y no comprendemos por lo tanto, como ejerciendo un ministerio encargado de predicar la paz, esté alentando á las sencillas gentes del país para que se destruyan y aniquilen».

«Muchas veces hemos dicho que el clero que acompaña á Don Carlos en sus locas pretensiones, es el que siembra con hipócrita mano la semilla que produce ódios y rencores en el corazon de los hombres y la muerte y esterminio de la Provincia».

Finaliza el comentarista informando que

«no publicamos el nombre de su autor porque *El Eco de Pamplona* no descenderá jamás al terreno de las personalidades».

Pero culpables de la sublevación los hubo también, si hemos de hacer caso a lo que dice la prensa de la época, en otras esferas como las políticas y gubernamentales. El artículo programático de *El Fuerista Navarro* ya lo denuncia:

«Si los gobiernos de España, que se han sucedido desde la conclusion de la última guerra de los siete años, hubiesen sido mas previsores y mas celosos por la quietud de estas provincias, velando incesantemente por su seguridad, persiguiendo y castigando con arreglo al código penal á todos los instigadores á la rebelion para proclamar en su día el absolutismo, siendo bien conocidas de los mismos gobiernos las clases que se ocupaban en esos reprobados manejos, es mas que probable no hubiese tenido lugar la insurreccion carlista que ahora se lamenta».

Una vez más, es necesario volver la vista a las columnas de *El Eco de Pamplona* para ahondar en la acusación. El 11 de Diciembre de 1875, un articulista escudado bajo el seudónimo de «Un Miliciano», al hablar de culpas, pide:

«cúlpese en primer lugar á los Gobiernos liberales que nada han hecho por estirpar de nuestra provincia, así como de otras, la idea del OSCURANTISMO: en Navarra como en muchas otras provincias, repetimos, existen clases que son por temperamento e interes refractarias á la libertad, y si esta no ha tomado mayor vuelo en nuestro país es, en primer lugar, por el menos precio (*sic*) con que se ha mirado á los liberales por todos ó la mayor parte de los Gobiernos y lo mimados que por algunos de ellos han sido los elementos carlistas».

«Pruebas mil pudiéramos esponer, pero para patentizarlo, ahí están algunos periodicos que titulándose liberales, se han convertido en defensores embozados de los carlistas, sin que se consagre en ellos ni un recuerdo siquiera á los que estamos esponiendo hoy mismo nuestros hogares, nuestras fortunas y nuestras vidas, en defensa de la libertad».

En el número correspondiente al 25 de Diciembre de dicho año, la evidencia de una responsabilidad gubernamental se hace más clara. Allí se afirma que, después de las intentonas anteriores, los carlistas

«se organizaron en el seno mismo del Parlamento y, por cierto que el jefe reconocido de aquella faccion, que contó con mas de sesenta diputados, era un representante de la provincia de Toledo; se jugaba locamente con los destinos del país».

Líneas más adelante, el autor del artículo añadía:

«El partido que habia dotado de una monarquía endeble á la nación fué el primero en combatirla rudamente; la institucion monárquica vacilaba, y los que en 1869 habian hecho el primer ensayo de sus fuerzas se preparaban para nuevas aventuras. Fuera descuido, fuera confianza, fuera interés, la frontera estaba desguarnecida, y no mejor guardadas las regiones mas peligrosas por ser las mas ásperas; la insurreccion cundió á multitud de provincias, y cuando en Navarra se levantaba un clamor general contra la apatía de las autoridades, éstas lo ahogaban censurando como injusta é infundada la alarma y asegurando el gobierno que la tranquilidad reinaba en todas partes.

Tal era el verdadero estado de esta provincia cuando se propagó á ella la rebelion. ¿Fueron las disposiciones é inclinaciones de sus habitantes ó mas bien el abandono del Gobierno, lo que contribuyó a la insurreccion y a hacerla formidable?».

En el mismo número, *El Eco de Pamplona* lamenta que los políticos del momento se dedicasen más a intereses políticos mezquinos que a resolver el problema de la guerra, como ya había venido ocurriendo desde atrás:

«Si las situaciones y gobiernos que hemos tenido, se hubiesen ocupado con preferencia de la guerra y no en los peculiares intereses de los hombres que componian su partido, ésta, ó no hubiera revestido los caracteres que ha tenido, ó, quizá y sin quizá, á esta fecha hubiera concluido».

Desde la Navarra azotada por la guerra, la postura de la clase política nacional, presente en Madrid, era criticada duramente:

«Los señores políticos, las eminencias de primera, de segunda y de tercera fila se entregan sin descanso á su ocupacion favorita: hacer política, pero política pequeña, personal de «pacotilla», y solo vuelven á ocuparse de la guerra incidentalmente cuando se suscita sobre ella la conversacion, ó cuando, y es lo mas frecuente, de ella se sirven para conquistar el poder, ó para sus especiales miras políticas. ¡Cuán cierto es esto, aunque sea triste confesarlo!».

Aparte de esta desidia política, los carlistas encontraron también un apoyo más directo al otro lado de los Pirineos, según puede apreciarse claramente en la lectura de las páginas de *El Eco de Pamplona*, que no se cansa de referirse al apoyo y protección que les prestaban los legitimistas franceses y a la libertad de comercio que tenían a través del paso fronterizo de Dancharinea, en el que recaudaban

«muchísimos miles de duros mensuales»

y pasaban diariamente

«grandes cantidades de vino, aceite, frutos coloniales, mantas, alpargatas, calzado y, por las inmediaciones, cartuchos, laton, etc. en fin, todo lo necesario para su sostenimiento».

La lluvia de acusaciones tenía que mojar también el hombre de a pie, sin el que una guerra como la carlista nunca hubiera surgido y pervivido durante tanto tiempo. *El Fuerista Navarro* reconoce que hubo pueblos que

«sustentan directa o indirectamente» la guerra y que existió el «desvío y ceguera de los navarros, al contribuir como lo hicieron al nacimiento de la faccion».

Reconociendo el estado real de la conflagración (como ha quedado dicho, el periódico nació recién comenzado el bloqueo de Pamplona), se dirige a todos los contribuyentes pidiéndoles que se muestren

«si no hostiles á la faccion porque no pueden hacerlo por ahora, al menos indiferentes, dejando de prestar muchos servicios voluntariamente como hasta aquí lo han practicado».

No olvida el autor del artículo que los jefes rebeldes abusan de la credulidad de las gentes sencillas y que

«usando del despotismo inherente á la misma causa, les obligan y obligarán siempre, á hacer por la fuerza todo cuanto les convenga, sin reparar en los medios para conseguirlo, ni en la imposibilidad que tendrán los contribuyentes de suministrar las cuotas que les correspondan en las contribuciones que por necesidad han de imponerles con el transcurso de corto tiempo, aparte de otras exigencias indispensables».

Por ello, anima a esta población colaboracionista, a que dé un giro en su forma de actuar, porque

«ha llegado el caso de que los pueblos para verse libres del estado violento que tanto les abrumba, les es indispensable trabajar activamente para destruir las facciones, usando en la parte que puedan de los medios que su imaginación les sugiera, y como los que emplearon para formarla desde un principio, dándole como le dieron el mayor aumento, y llegando, de este modo, á conseguir el objeto que se propusieron».

Sobre este aspecto, parece necesario también saltar a las páginas de *El Eco de Pamplona* para conocer cómo analizaba este periódico la participación de los navarros en la guerra. Para él,

«los batallones navarros son once que tendrán 6000 hombres y añadiremos 2000 más por las armas especiales. ¿Qué es esto, sino una pequeña fracción entre los 60000 hombres que en España ha llegado a contar la banda del Pretendiente?».

El periódico añade que peleaban 18.000 valencianos y 24.000 catalanes.

«Pero aun de esa cifra de 8000 navarros carlistas, es preciso desprender aquéllos que sin vocación alguna por su parte se han visto arrastrados á ese servicio por la fuerza. ¿Cuántos fueron los primitivos voluntarios? solo formaron cuatro batallones: Hoy, al ver un soldado carlista, bien puede asegurarse que es forzoso, pues los voluntarios, al cabo de cuatro años de acciones de guerra, ó han muerto ó tienen que ser oficiales».

El Eco de Pamplona aporta otro dato interesante sobre la ideología política navarra, aunque no explica en qué basa sus afirmaciones. Dice que los carlistas se guarecían

«en las Amescuas (*sic*), la parte de Estella y la Montaña; pues bien, notorio es á nuestros Generales y á cuantas personas tengan algun conocimiento de este país, que exceptuando la parte de Estella y Amescuas, la Montaña es más liberal que carlista, pues estoy seguro que de esta parte no llegarán á 300 hombres los que voluntariamente han tomado las armas en defensa de «Carlos Trinchera», y hubiera escedido en mucho el número de los que hubiesen tomado para defender la causa de la libertad, si se hubieran protegido los valles del Roncal, Salazar, Aézcoa, Baztan, y otros pueblos que principiaron ya á tomar las armas y luego quedaron abandonados.

De lo dicho se deduce, que en Navarra se sostienen los carlistas porque el terreno se presta para esta clase de guerras, y sobre todo por su aproximación á Francia, á donde huyen en caso de peligro, y de donde reciben toda clase de auxilios».

Es también *El Eco de Pamplona*, el que da una visión machacona por reiterativa de que los navarros no eran carlistas o no, al menos, en la proporción en que se creía fuera de los límites provinciales. Para el periódico, los soldados carlistas no eran sino unos

«ilusos ó incautos que se dejan arrastrar por los impulsos del fanatismo»

(3 de Noviembre de 1875) unos hombres de

«un país que, si antes le servía (a Don Carlos) por simpatías, hoy le sirve por temor»

(id), a la gente desengañada que

«quiere en su mayor parte, no solo deponer sus armas, sino lanzarse a la pelea en contra de aquel Rey que le arrancó de sus hogares, bin con mentidas promesas, bien con las bayonetas de sus primitivos voluntarios»

(id.), y gente engañada al haber sido llamados

«para una expedición á Madrid en 30 días»

(6 de Noviembre de 1875).

La publicación periódica da también otra versión, más trágica, de la colaboración de la población navarra con los carlistas. Se refiere a los trabajos forzosos en labores de fortificación a que eran obligados varios cientos de personas, haciéndoles trabajar

«de noche y como esclavos á 800 aldeanos de estas cercanías» (3 de Noviembre de 1875) o «arrastrados por la fuerza, á trabajar de balde, día y noche, con el agua á la cintura, á veces bajo el fuego del cañón» (6 de Noviembre).

Para *El Fuerista Navarro*, todos los daños y sacrificios ocasionados por la guerra iban a resultar infructuosos para las tropas carlistas, daños que todos experimentaban diariamente bajo múltiples formas, daños tan perjudiciales y costosos a los mismos insurgentes como ellos mismos

«lo experimentan actualmente en la persecucion que sufren sus personas, sus familias y sus intereses de todas clases».

Resultaría muy prolijo entrar ahora en una enumeración de los daños humanos y materiales que la guerra ocasionaba en Pamplona y en Navarra, y que, al informar del desarrollo de la contienda, va recogiendo parcialmente *El Eco de Pamplona*. Daños, por otra parte, causados a Navarra hasta el punto de que

«la faccion armada, hace y hará mayor guerra al pueblo navarro, que la que hacer puede al ejército de la nacion su verdadero enemigo»,

y es que le era imposible a la tropa carlista

«proyectar expediciones formales á otras provincias, sin ser batida y aniquilada por el ejército nacional».

¿Cuáles fueron los móviles de quienes promovieron y apoyaron la rebelión carlista? *El Fuerista Navarro* habla de

«propósitos y fines estraños», de la aspiración de algunos paisanos «a una carrera poco costosa al par que lucrativa en la milicia», de que son «el egoismo y la holganza el verdadero móvil de todas sus acciones» (*de las clases notables*), y de la «arrogancia de estas cuatro provincias de España (*Navarra y las tres vascongadas*), las mas reducidas é insignificantes, comparativamente con cada una de las cuarenta y cinco restantes, que no solo pretenden rivalizar, sino sobreponerse á ellas, imponiendo á los españoles un rey absoluto contra la voluntad nacional, salvas algunas escepciones».

El Eco de Pamplona, por su parte, dice que para los fanáticos del absolutismo

«el móvil verdadero de la guerra que sostienen es la codicia y el afan de escalar el poder, no como medio de felicidad pública, sino como un instrumento de goces personales; demostrar que la ambición de mando y la sed de venganza es lo que sintetiza la causa de los que bajo el manto de la Religion estan esplotando la sencillez de este pueblo»

(3 de Noviembre de 1875). Afirma que don Carlos no combate por la fe ni por la patria (id.), porque

«¡qué Religion es esa que se sostiene á trabucazos!»

y la patria próspera, rica, feliz y envidiada

«hoy es pobre y aflijida, objeto de horror para sus hermanas, ludibrio é irrisión del estrangero»

(6 de Noviembre de 1875); y que formó su ejército con

«unos pocos holgazanes o fanaticos que, abandonando sus faenas y familias, se lanzaron al campo en busca de aventuras» (id.).

Por último, habría que referirse a la situación de los Fueros de Navarra. Para *El Fuerista Navarro*, era perfecto el cumplimiento, por parte del Gobierno, de la legalidad que competía a la situación foral después de que hubiera sido modificada por la Ley de 1841. Parece que esto tenía que invalidar cualquier postura de desencanto que abocase a una sublevación. Por ello, el redactor de *El Fuerista Navarro* manifiesta no entender el descontento que había llevado a una parte de los navarros a alzarse en armas contra el Estado, legítimamente constituido.

De ahí que el periódico proclame que

«no encontramos frases que puedan explicar como se debe, el desvío o ceguedad de los navarros al contribuir, como lo hicieron, al nacimiento de la faccion, sin tener el menor motivo, ni el mas leve pretesto para la sublevacion á mano armada contra el gobierno de la nacion: hallandosen (*sic*) en pacífica posesion y goce de los Fueros mas interesantes al fomento y bienestar de la provincia desde la conclusion de la guerra de los siete años, conociendo ellos prácticamente las grandes ventajas obtenidas, comparadas con las que tenian antes de comenzar aquella guerra, en que el absolutismo cegaba todos los manantiales de la riqueza pública, repetimos no se concibe la sublevacion actual á todas luces desatinada. Si las córtes de la nacion, o los gobiernos desde el año 1841, en que se hizo la reforma foral, hubiesen atentado conta la Ley de su modificacion, sin un motivo fundado, y faltando abiertamente por su parte á lo estipulado, entonces podria tener explicacion satisfactoria la insurreccion de esta provincia, pero habiendo sucedido todo lo contrario, que los gobiernos de distintos matices políticos que ha habido en estos 33 años, han respetado escrupulosa y constantemente la citada Ley, sin haberse oido ni siquiera una amenaza sobre este interesante particular, no encontramos, ni nadie encontrará la menor disculpa para absolver á los navarros que han tomado parte en esta extraña y repugante sublevacion»!

El Fuerista Navarro muestra también su temor a que en las altas esferas del Estado no se supiera distinguir lo que suponía la acción de los carlistas de la fidelidad liberal del resto de la provincia, y que no se supiera apreciar en Madrid la importancia que tenía para los navarros el no tocar —como castigo— sus derechos adquiridos, que eran los Fueros. Así, dice que, aunque hubiera en la provincia algunos hombres

«ingratos para con los gobiernos que constantemente han guardado un respeto escrupuloso a la ley modificadora de los Fueros, olvidando los sagrados intereses de los navarros, y procurando exclusivamente por los suyos propios, todo esto en nada debe influir, para que en ningun tiempo se haga en esta provincia la menor demostracion contra la ley de modificacion de fueros promulgada el año 1841, porque sin ella, Navarra perderia su existencia ó modo de ser, pudiendo lamentarse los funestos resultados que de cierto produciria una medida de tal naturaleza, que no encontraríamos fuese equitativa, ni política, que es á lo que principalmente debe atenderse en el estado que en la actualidad se encuentran los partidos políticos y que probablemente se encontrarán del mismo modo en lo sucesivo».

El Eco de Pamplona se mostró más contundente al afirmar, el 10 de Noviembre de 1875, que el Fuero negaba a los carlistas sus pretensiones de sucesión monárquica, por lo que concluyó que

«no hay una causa más contraria á las leyes fundamentales de Navarra y á sus gloriosas tradiciones que la causa carlista» que «las instituciones Forales son incompatibles con el carlismo», y que «carlista y buen navarro amante de su pátria y de sus leyes, son dos términos antitéticos».

- Apoyos Navarros
- Algunos pueblos apoyaron el comienzo.
 - Prestan servicios voluntarios a la rebelión.
 - 11 batallones con 8.000 hombres (ejército carlista = 60.000).
 - Al principio eran cuatro batallones.
 - Estella y Amescoa son carlistas.

BND

- Culpables
- La plebe rural inconsciente.
 - Parte de la clase nobiliaria.
 - La gran mayoría del clero.
 - Los caciques de los pueblos.
 - Los aspirantes a la carrera militar.

- Fueros {
- Pacífica posesión y goce.
 - Los más interesantes al fomento y bienestar de la provincia.
 - No hubo atentado gubernamental contra la Ley de 1.841.
 - Respeto escrupuloso.
 - Atenta contra ellos la causa carlista.
 - Son incompatibles con el carlismo.

BND

- Cómplices {
- Los Gobiernos de España.
 - El Parlamento.
 - La clase política.
 - Periódicos que se titulan liberales.
 - Desidia política.
 - Los legitimistas franceses.
 - Francia, refugio para la huida, en caso de peligro.

- Móviles
- Propósitos y fines extraños.
 - Carrera militar poco costosa.
 - Egoísmo y holganza.
 - Codicia y afán de escalar el poder.
 - Ambición de mando y sed de venganza.
 - Intereses personales.



BND

